

Cuando el genio atraviesa por el mundo,
Cual fugitiva estrella,
Va una memoria del saber dejando
Como el cometa en su brillante huella
Un cálculo astronómico fijando.

De una constelación entre los sabios,
De esa constelación que arde en la frente
De la joven América orgullosa,
Aparecióse un genio de repente,
La inspiración de un hombre....!
Lleno de admiración y de respeto
Mis labios van á pronunciar su nombre.

Vosotros lo sabéis, su nombre encierra
Un profundo recuerdo de ternura:
La humanidad lo sabe,
Doliente lo murmura
Como el nombre de un dios sobre la tierra.

¡Lucio! Frente al cadáver fué el profeta
Que el horóscopo humano descubría.
La ciencia en su palabra
Encontraba una augusta profecía.
Interrogó al cadáver, y el cadáver,
Cuando una sombra en su cerebro había,
Desde la helada plancha,
Con sus rígidos miembros respondía.

A la luz de su ciencia siempre estaban
Sus misterios recónditos abiertos:
Leyó con ojos, de saber altivos,
En las páginas blancas de los vivos,
En las páginas negras de los muertos.

En sus hojas las flores tropicales
Le enseñaron la luz de su misterio,
Y al impulso sereno del criterio,
Todo llevó como la regia ofrenda,
De la ciencia á los fastos inmortales.

¿Y qué fué para él esa existencia
Deleznable del hombre, ese anatema
Engendro del dolor?—Sólo un problema
Fuente de observación, azar ó suerte:
Horizonte que empieza con la vida
Y concluye en el seno de la muerte.

Fué el sacerdote de la angustia humana:
Al poder de la ciencia cuántas veces
Con mano audaz y firme se le ha visto
Arrancar el sudario al moribundo,
Tal como pudo á su palabra Cristo
Del sueño cataleptico, profundo,
A Lázaro tornar vivo en el mundo!

Una historia sin mancha fué su historia,
Su bondad al doliente consolaba,
Y haciendo del saber un sacerdocio,
La honradez y la fe fueron su gloria.

¿Por qué contraste inexplicable, oscuro,
El sol que brilla en la mañana puro
Ningún fulgor en el ocaso vierte?
Aquel pensar tan firme y tan seguro
En honda confusión lo halló la muerte!

Lucro murió: sus ojos se cerraron,
Su oerpo quedó rígido é inerte,
Y su lecho y su túmulo empaparon
Las lágrimas vertidas
Que el duelo y el amor nos arrancaron;
Pero llega á la vida soberana
Que nadie apaga ni tormentas tiene,
La eterna vida de la historia humana.

¡Oh Patria! Tú que produjiste el genio
Que aquí venimos todos reverentes
En el que fué su altar y su proscenio,
A honrar, veladas de dolor las frentes!
Sentirte debes grande y orgullosa:
El que hoy vemos dormir sueño profundo
Fué en tu cielo la estrella esplendorosa
Cuya luz inmortal admira el mundo.

HILARIÓN FRÍAS Y SOTO.

POR LA ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA.

SEÑORES:

Al ocupar este sitio para expresar el duelo que la Escuela Nacional Preparatoria hace por el Dr. D. Rafael Lucio, me siento confundido, porque un hombre de su mérito y la fama del plantel de que soy órgano, exigirían para estar á la altura que les corresponde, que otro más capaz y más familiarizado con la tribuna dijese este elogio.

Por otra parte, permitaseme decirlo, juzgo inútil el trabajo, porque ¿quién no ha conocido al hombre cuya memoria honramos? ¿quién no ha admirado

su ciencia y sus virtudes? ¿A qué fin referir los hechos de su vida, si siempre he de quedar abajo de la realidad? Y no obstante, la relación sencilla de esa vida de trabajo sería su mejor elogio, porque como ha dicho Salomón, á los hombres extraordinarios sólo sus acciones pueden alabarlos.

Quede esta tarea para sus compañeros, para los que sin las lágrimas que velan mis ojos y sin la pena que embarga mi razón, puedan estimar su mérito científico, para aquellos en cuyo seno vivió.

Yo lloro al amigo y admiro al sabio que poseía esa sabiduría de la que decía Bossuet, que el mundo no comprende y que eleva á quien la abraza; esa sabiduría que hace al hombre incapaz de deslumbrarse por las grandezas humanas, aparecer sin ostentación y ser visto sin envidia. He aquí por qué el Dr. Lucio se colocó siempre abajo de sí mismo: llevado á los primeros puestos de su Facultad, vivió siempre tan modesto como grande; en sus importantes empleos, superior á su interés propio, sólo consideró el bien general, y al morir abandonó la vida y los cargos que le estaban confiados sin que esto le costara un solo suspiro. Esta abnegación hace del día de su muerte su día más triunfante.

Honremos, sí, la memoria de este hombre que fué ilustre por sus hechos, y no, como decía Mirabeau, en su elogio fúnebre únicamente; sigamos el consejo del orador y recomendemos al homenaje de la ciencia, á su héroe, á fin de que nunca se diga de él lo que se ha dicho de muchos hombres de mérito, que si abandonasen sus tumbas para volver al mundo algunos años después de su muerte, se apresurarían á entrar de nuevo en ellas para no ver el brillo de su nombre empañado y su memoria olvidada.

MANUEL MARÍA CONTRERAS.

PÓR LA SOCIEDAD MÉDICA "MIGUEL JIMÉNEZ," DE PUEBLA.

DIGNO SE. PRESIDENTE:

ILUSTRÍSIMOS SRES. ACADÉMICOS:

SEÑORES:

Según consta á la Secretaría por los documentos que en ella he depositado, hoy á las diez de la mañana he recibido el oficio-credencial en que la Ilustre Sociedad Médica «Miguel Jiménez,» de Puebla, me comunica el acuerdo en pleno, tomado en la noche del 26 del actual, para que le representase en este concurso de lágrimas, en este triste banquete del espíritu.

Pasé inmediatamente á la Secretaría de la «Escuela Nacional de Medicina,» en solicitud de datos biográficos del hombre eminentísimo cuyo elogio póstumo entre pocas horas habria de efectuarse; pero el fino caballero que dignamente la desempeña, por carecer de ellos, nada pudo facilitarme. Así, señores, que el peso que me abruma por la honra, tan inmerecida